

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Hasta los muertos conspiran.

Comedia histórica en tres actos, original de D. ALEJANDRO MAYOLI Y ENDERIZ,
representada con general aplauso en el teatro de Variedades, el 16 de enero
de 1847.

PERSONAS.

DON FERNANDO VALENZUELA.
DON LUIS DE BRNAVIDES, *marqués de Caracena.*
DOÑA SOL, *su hija.*
FLORA, *dama de doña Sol.*
DON JUAN DE AUSTRIA.
EL MARQUES DE VILLARS, *embajador de Francia.*
PANTOJA.
EL DUQUE DE MEDINACELI.
DON LUIS DE HARO, *marqués de Liche.*
GOMEZ SILVA.
PEDRO CONTRERAS.
CRIADO 1.º
CRIADO 2.º
GUARDIAS.

La escena es en Madrid, año de 1679.

ACTO PRIMERO:

Salon de palacio.—Entrada general por el foro.—A la izquierda del actor, y en primer término, una puerta que conduce á la cámara del rey: en segundo término otra que es la del aposento de don Juan de Austria.—A la derecha del actor una pequeña puerta que sirve de comunicacion con la habitacion del marqués de Caracena.—Sillones, muebles de la época, una mesa al foro con floreros, otra en el proscenio con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO CONTRERAS, GOMEZ SILVA, PANTOJA.

SIL. Las once ya! Mucho tarda el marqués de Caracena, y eso que vive en palacio.
CON. Su magestad le dispensa este honor.
PAN. Su magestad, ó don Juan de Austria?
CON. Cualquiera de los dos mandarlo puede, conque es una cosa mesma.
PAN. Ya...
CON. Pues...
SIL. Dijo que vendria?
CON. Y que nosotros en esta sala esperásemos juntos, para ir á ver á su alteza, con él y felicitarle.
PAN. Y por qué?
SIL. Pues esa es buena! Hoy es el aniversario de la hazaña mas escélsa del principe, de aquel dia en que, con frente serena, desde Torrejon de Ardoz al partido de la reina obligó á capitular, haciendo su entrada en esta capital, entre los vivos de una muchedumbre inmensa.

PAN. Es verdad, no me acordaba;
y por Dios que de la empresa
ha reportado la España
magníficas consecuencias.

CON. Pantoja siempre mordaz!

PAN. Oh! no por cierto Contreras:
Dios me libre de burlarme
de cosas que son tan serias.
España ha ganado, y mucho,
y á la vista está la prueba.

CON. Yo lo creo.

PAN. Por supuesto.
Nos envidia Europa entera.

CON. Se ha criticado á don Juan
de su genio la aspereza,
sin pararse á meditar
que quien la larga carrera
de la vida atravesó
entre el ruido de la guerra,
no puede ser tan afable,
tan blando como quisiera;
porque ignora de la corte
las fútiles etiquetas.
Si desterró á Filipinas
al célebre Valenzuela,
fué porque así lo exijia
la tranquilidad interna
del país. Sabeis que fué
el valido de la reina
doña Mariana; hombre audaz,
decidido, y de una extrema
sagacidad... y hombre, en fin,
que con su sola presencia
mil disturbios en el reino
sin duda escitar pudiera,
si don Juan...

PAN. No le enviase
á que la mar le sorbiera.

SIL. Fin desgraciado fué el suyo!

CON. Naufragó la carabela
que le llevaba, en el golfo
que apellidan de las Yeguas,
y pereció entre las olas
la tripulacion entera.
Mas por ventura, don Juan
los elementos gobierna?

SIL. Critiquen los descontentos
como mejor les parezca,
la nacion los compadece
y el principe los desprecia.
El mandar quiere energia,
vigor, decision, firmeza,
y si estas brillantes dotes
todas en don Juan se encuentran.
¿quién con mejores auspicios
puede gobernar?

PAN. Cualquiera.

SIL. Qué decis?

PAN. Lo dicho, dicho:
Madrid no es la ciudadela
de Monjuich para que activo,
como allí, destierra, prenda
y haga degollar al que
sea contrario en ideas
á la marcha del gobierno.

CON. Es posible!

SIL. Qué blasfemia!
Que así habléis, Pantoja, vos
que al partido de la reina

en tiempos no muy remotos
hicisteis tan cruda guerra!

PAN. Mal gobernaban aquellos,
pero estos bien mal gobiernan.
He aquí explicado el misterio
de mi critica severa.

CON. Sois original, Pantoja.

PAN. Sois muy cándido, Contreras.

SIL. Alguien viene.

CON. Es el marqués.

SIL. Ya es hora.

PAN. No tiene prisa.

ESCENA II.

*Dichos, el marqués de CARACENA saliendo por la
puerta de la derecha.*

SIL. Salud, don Luis Benavides.

CON. Dios guarde al de Caracena.

CARA. Y él á vosotros, amigos.

Podemos ver á su alteza,
si gustais.

CON. Cuando os agrade.

CARA. Vamos, pues.

PAN. (Y aqui comienza
de aduccion y mentiras
una de tantas escenas.)

(vause todos por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

*VALENZUELA, sale por el foro, con peluca y barba
canosa, representando en su persona y traje mas de
cincuenta años de edad; mira en derredor para ase-
gurarse de que está solo, saca un papelito muy do-
blado y lee pausadamente lo que sigue.*

«Tenemos que hablar, amigo,

«buscad pues vos la ocasion

«de hacerlo á satisfaccion,

«pero sin ningun testigo.»

Corriente, bien... hablaremos...

Qué querrá exigir de mí?

Quién á quién se engaña aqui?

Eso... despues lo veremos.

(entra en la cámara de don Juan.)

ESCENA IV.

*DOÑA SOL y FLORA, asomándose á la puerta de la de-
recha.*

FLOR. Ya podeis salir, señora,
sin cuidado.

SOL. Hay alguien?

FLOR. No.

SOL. Pues déjame que voy yo...

(va a la mesa y registra bajo los floreros.— Pausa.)

FLOR. La encontráis?

SOL. No hay nada, Flora.

Adversa suerte es la mia!

La carta que mas ansiaba

me falta, la que esperaba

mitigase mi agonía.

FLOR. Sin razon os apurais
y os entregais al quebranto;
que no hay causa para tanto
probaré, si me escuchais.
Cuando el público rumor

os anunció el fin terrible
de don Fernando, indecible
fué entonces vuestro dolor.
Yo le respeté, señora,
y calmar vuestros desvelos
con estériles consuelos
procuró la pobre Flora.

SOL. Yo tu cariño agradezco
y jamás le olvidaré.

FLOR. Si lo que senti mostré,
ningun elogio merezco.

Muchos meses de tristeza
por vos, doña Sol, pasaron,
y las penas marchitaron
vuestra celestial belleza;
y al ver como el arrebol
de las mejillas perdisteis,
á veces me parecisteis
ocaso de vuestro sol.

Así el pesar os mataba,
y cuando ningun vislumbre
de aliviar tal pesadumbre,
señora, se os presentaba,
á vuestras manos el cielo
la carta de don Fernando
hizo llegar, disipando
las dudas y el desconsuelo.

SOL. Ah! bien recuerdo aquel día,
para mí tan venturoso!

FLOR. Hallazgo tan misterioso
ignoro yo todavía.

SOL. Oye pues: cuando salió
de Madrid la reina madre
para Toledo, mi padre
entrar aquí me vedó;
fundado, según decía,
en que estando aquella ausente,
político ni prudente
presentarme aquí sería.

Obedeci con respeto,
de mi estancia no salí,
y pronto al olvido di
ese pasillo secreto,
que en otro tiempo cruzaba,
gozando del real favor,
cuando de dama de honor
el servicio me tocaba.

Jamás la curiosidad
á estos umbrales metrajo,
y así cumpli sin trabajo
del marqués la voluntad:
hasta que al fin cierto día,
en oportuna ocasion,
vine á ver de este salon
la nueva tapicería.

Pero cuando á mi sabor
contemplaba las pinturas,
los muebles, las colgaduras,
percibo cierto rumor,
y á mis pies cae un papel,
no sé por dónde, ni cómo...

Por curiosidad le tomo
y encuentro escritas en él
estas palabras.—«El cielo *(saca un papel.)*

«por milagro me salvó,

«está tranquila, que yo

«vivo para tu consuelo.

«Término tendrá, lo espero,

«mi desgracia:—escribiré:

«las cartas colocaré

«debajo de ese florero.»

FLOR. Sé lo demás, os escribe
y yo vengo con esmero,
á sacar de ese florero
las noticias que recibe.
Por este medio sabéis,
señora, de su existencia,
y en el dolor de la ausencia
algun alivio tenéis.
Y está en Madrid?

SOL. No lo sé.

Jamás, ni por incidencia,
me ha dicho su residencia.

FLOR. Es bien extraño!

SOL. Si á fé.

Mi padre no es muy su amigo,
mas esto, bien observado,
para ser tan reservado
no le autoriza conmigo.

El debe estar satisfecho

de mi amor constante y fiel,

y bien sabe que por él

tan solo late mi pecho;

luego si por energia

su suerte de mi recata,

su precaucion es ingrata

ó en mi prudencia no fia.

No obstante, me insinuaba

en una carta, que acaso

me viera pronto, y que un paso

solo de mí le apartaba.

Comprende pues el anhelo

que aquí mi planta guió,

y si fundado es ó no

mi temeroso recelo

al ver que su carta falta.

FLOR. Dejad temor tan pueril.

SOL. ¡Ay Flora! que en dudas mil

la imaginacion se exalta.

Bien sabes con cuanto afan

defendió á la reina madre,

que no le quiere mi padre,

y que el principe don Juan,

si entre sus manos le hubiera,

le condenara inclemente,

á que su sangre inocente

el cadalso enrojeciera.

FLOR. Por dar al dolor templanza

recobrad vuestro valor.

SOL. Es muy cobarde el amor

cuando no tiene esperanza.

FLOR. Discurro que en retirarnos

obráramos con prudencia;

puede salir su esclerancia

y en esta sala encontrarnos.

SOL. Seguir tu consejo quiero.

Vamos... El cielo me alumbré

en mi triste incertidumbre...

Qué zozobra! y qué florero!

*(mira tristemente al florero y vase con Flora por la
puerta de la derecha.)*

ESCENA V.

DON JUAN DE AUSTRIA saliendo de su cámara, apo-
yado en el brazo de VALENZUELA, y seguido del mar-
qués de VILLARS, del de CARACENA, PEDRO CONTRERAS,
PANTOJA y GOMEZ SILVA. Bajan todos la escena, y

don Juan se sienta en un sillón, con algun trabajo.

JUAN. Gracias, amigos, gran placer me causa hoy recibir el parabien sincero que me dais... y las muestras expresivas de vuestra estimacion que tanto aprecio. No te vayas, Tadeo, por si acaso

(á Valenzuela.)

te he menester, ¿Entiendes?

VAL. Obedezco.

(se situa detrás del sillón de don Juan.)

CARA. Y así salis, señor, de vuestra cámara!

JUAN. Si, marqués, con el rey imitar quiero la atencion que conmigo habeis usado, y por la paz de que disfruta el reino felicitarle... Pero estoy cansado, y reposar aquí quiero un momento antes de entrar.

VILL. Es justo, mas debiais cuidar vuestra salud que es lo primero. Estais muy débil.

JUAN. Si, pero no obstante señor embajador, aun no me muero.

VILL. Nohe dicho tanto.

JUAN. Pero yo lo digo, por si alguno en mi muerte ve sus medros.

CARA. Que tal penseis, señor!

JUAN. Si, Caracena, hay, no lo ignoro, algunos descontentos; y es natural, si bien bago á los muchos inevitable mal haré á los menos...

Y digo inevitable, porque nadie á gusto gobernó de un reino entero.

CARA. El pueblo en vos confia.

CON. Y os respeta.

PAN. (Nunca al temor se le llamó respeto. Que torpe adulacion! — Todos iguales.)

JUAN. Solo por el trabajo, por el pueblo, por su prosperidad me agito y lucho y las facciones con lesón enfreno. Además, que la edad del rey mi hermano, su inesperienza y el hallarse enfermo, la obligacion me imponen de ayudarle.

SIL. Acertar y hacer bien es su deseo, pero sin vuestro apoyo mal pudiera de la corona sostener el peso.

CON. Debeis cuidaros mucho, vuestra vida es tan preciosa como puede serlo la del rey mas querido.

VILL. Poco ó nada, don Juan conseguirá, si con exceso á mentales trabajos se dedica.

CARA. Esa es su enfermedad: yo considero que algun solaz debiera dar al ánimo, y algun reposo al fatigado cuerpo.

JUAN. Todo eso está bien dicho, amigos míos, y yo tanto interes os agradezco... No me miro, á Dios gracias, tan doliente como pensais... Acérame, Tadeo, (á Valenzuela y este lo hace.)

á los pies el cojín... esta postura me tiene incomodado... hasta... bueno.— Quien como yo pasó su vida entera durmiendo armado sobre el duro suelo, y la nieve y el sol sufrió impasible, y del Norte pisó los duros hielos, y un día y otro, sin molestia alguna, hizo sudar á su troton soberbio, ya conocéis que puede facilmente,

en abrigado y cómodo aposento, dedicarse al trabajo que ocasiona lo que llaman política los necios. Pero hay otra razon mas poderosa que me precisa á consagrarme entero á los negocios; nuestro rey don Carlos es á veces muy dócil, muy sincero, y esta benignidad á nuestra patria pudiera reportar males sin cuento, si yo no vigilase á los traidores mis fuerzas oponiendo á sus proyectos.

PAN. (Qué hipócrita!)

VILL. (Su orgullo le descubre.)

CARA. Trabajando, señor, con ese objeto, gloria conseguireis, y los menguados sucumbiran en su impotente esfuerzo.

CON. Oh! sin dudarlo.

JUAN. Sé que me hacen guerra porque doña Mariana está en Toledo... ¿Y yo la desterré? Si de la corte se retiró tomando aquel gobierno, en mi no consistió; que en este punto ni me he mezclado, ni mezclarme quiero. Obró á su voluntad.

CON. Y quién lo duda?

JUAN. Grande satisfaccion, gozo supremo á todos nos causará que la reina aquí en palacio, como en otro tiempo, al lado de don Carlos ostentase sus bondades, sus gracias, sus talentos... que al fin es reina madre y es señora á quien mil beneficios debe el pueblo.

° Mas, ¿qué quereis? Los discolos se agitan, y como que carecende un pretesto honroso para urdir viles intrigas, dicen que es su bandera... Yo no creo tales columnias... De su nombre abusan.

VILL. (Politico es don Juan.) Llegará un tiempo en que sepa la reina que la engañan.

JUAN. Pero entretanto... bien esta en Toledo. Caracena, decid á esbs señores (bajo á Caracena.)

que con Villars y vos quedar deseo á solas. ¿Entendeis?

CARA. Amigos míos, pues que cumplimos ya con nuestro objeto, podemos retirarnos, si os parece.

CON. Como gusteis, marqués.

PAN. (á Silva.) Aquí hay misterio... Tal vez les estorbamos.

SIL. (á Pantoja.) Caviloso! Que siempre penseis mal!

PAN. Y siempre acierto. Vereis como se queda Caracena.

CARA. Dadnos vuestro permiso, si podemos retirarnos.

JUAN. Le doy si así os agrada; pero quedaos vos, que hablaros tengo.

CARA. Obedezco.

PAN. ¿Qué tal? (á Silva.)

SIL. Digo, Pantoja, que conocéis muy bien este terreno; y esto me hace pensar... desearia hablaros, consultaros...

PAN. Aquí mesmo despues me encontrareis.

SIL. Vendré á buscaros.

CON. A Dios, marqués. (á Caracena.) Señor! (á don Juan.)

JUAN. Que os guarde el cielo.
Vete á la estancia próxima y espera
hasta que yo te llame, buen Tadeo.
(*vanse todos por el foro.*)

ESCENA VI.

VILLARS, DON JUAN, CARACENA.

CARA. Solos estamos ya.

JUAN. Lo descaba,
porque no se fingir; y, vive Cristo,
que entre mis propias frases me enredaba
y me descubro si en hablar persisto.

VILL. Sabeis, don Juan, que entre nosotros puede
haber total franqueza, pues nos liga
un interés igual; y así sucede
que tambien al silencio nos obliga.

CARA. Nada es mas cierto.

JUAN. Solos nos hallamos,
y, como vos decís, hablar podemos;
pues hablemos, marqués... ¿En qué queda-

mos de la negociacion que proponemos?

VILL. De la boda, ¿no es esto?

JUAN. Justamente.

VILL. Mi rey al casamiento no se niega
que deseais, mas quiere espresamente
que se cumpla el tratado de Nimega.
En él, como es bien público y sabido,
no se dejó mediar á la Inglaterra
y esta nacion de orgullo desmedido
á la Francia amenaza con la guerra.
Luis catorce desea antes de todo,
para burlar despues la inglesa saña,
que el tratado, en la forma, tiempo y modo
que el congreso fijó, cumpla la España.

JUAN. Memoria fiel teneis.

VILL. Como la vuestra.

JUAN. Se cumplirá el tratado, os lo prometo:
pero ya que nos vemos en palestra,
no haya entre ambos ficcion, no haya secre-

to... ¿Qué piensa Luis catorce de Mariana?

¿Favorece mi plan ó el suyo ayuda?

¿Protegerá á la España?

VILL. Quién lo duda!

Es su aliado y por su bien se afana.
(Tan solo hará lo que á sus miras cuadre.)

JUAN. (No me fio.) Villars, saber quisiera,
claro os lo digo, si la reina madre
por influjo de Luis vencer espera.

VILL. Francia respeta mucho á las naciones
que sus vecinas son, para mezclarse
en agenas civiles disensiones.

JUAN. Quiero decir, marqués... (le hará explicar-
se.)

que no sé dó fijar mi entendimiento
y quisiera salir de esta ignorancia...

¿Cuál es de vuestro rey el pensamiento?

¿Me contraresta ó me protege Francia?

VILL. Cuestion es esa para mi espinosa,
no debo interpretar las intenciones
de mi corte...

JUAN. (Respuesta bien capciosa!)

VILL. Carezco en este punto de instrucciones.
(De aqui no he de salir.)

CARA. Cosa es bien rara
que ignoreis lo que todos reconocen,

lo que en plazas y calles se declara
y hace que los facciosos se alborocen.

VILL. No entiendo...

CARA. No? Pues escuchadme atento.

De público se dice, que la Francia
estimula, protege y presta aliento
de la reina Mariana á la arrogancia:
que Luis la escribe por conductos varios,
que sus furoros y ambicion inflama,
y que entre sus ineptos partidarios
elogios y oro pródigo derrama.

Pero, qué mas? Aqui, en la misma corte

la Francia ha introducido sus espías...

Nada se acuerda, que silencio importe,

que Mariana no sepa á los dos días;

los mayores secretos como el humo

se pierden circulando en el espacio,

como derrite de la cera el grumo

el sol desde su fúlgido palacio.

Muy poco importa que en fingida calma

en Toledo se esté... Tiempo perdido!

Alli tiene su cuerpo, aqui su alma;

alli las manos, pero aqui el oido.

Os reis?

VILL. ¿Qué he de hacer, buen Caracena,
cuando del vulgo la insolente hablilla
tanto apreciáis? Por Dios que me da pena
que así discurre un noble de Castilla.

CARA. Eso no es decir nada.

VILL. Es decir mucho.

CARA. No comprendo...

VILL. Es decir que á chanza tomo,
señor de Benavides, lo que escucho.
Pudiera hacerlo de otra suerte.

CARA. Cómo?

VILL. Por insulto á mi corte bien pudiera
tomar vuestras palabras, y en tal caso
satisfaccion cumplida os exijiera.

JUAN. Y yo os la diera sin ningun retraso.

El leon español no está dormido,

aunque ostente su faz grave y serena,

es aliento de muerte su rugido

y ¡Ay del que toque su áspera melena!

VILL. Cuando el gobierno es fuerte, no lo dudo
mas hoy que de facciones rodeado...

JUAN. No prosigais, marqués, he aqui el escudo
(*llevando la mano al pecho.*)

que á España en cien combates á salvado.

Fiel guardador de la corona hispana

velaré sin cesar de su decoro,

y muy poco me importan de Mariana

los partidarios, ni de Luis el oro.

Si ellos levantan su maldita frente

sentirá mi bridon el acicate,

y los arrollaré, como el torrente

débiles cañas en su curso abate.

Señor embajador, mientras yo ejerza

el mando, en nombre de mi hermano Carlos,

apelen los rebeldes á la fuerza,

yo saldré, vive Cristo, á esterminarlos.

VILL. Si carece de leyes el Estado...

JUAN. Mientras la paz no quede asegurada,

pienso mandar como hasta aqui he mandado;

la ley de esta nacion será mi espada.

Concluyamos, marqués, del rey la boda
con Maria Luisa de Borbon, se admite?

VILL. Si.

JUAN. Condiciones.

VILL. Que se cumpla toda

de Nimega la paz.
 JUAN. Qué mas?
 VILL. Que habite
 en la corte, en Madrid, doña Mariana.
 JUAN. Tal exigencia conceder no puedo.
 VILL. Pensadlo.
 JUAN. Lo pensé.
 VILL. Tal vez mañana
 os pese que la reina esté en Toledo.
 JUAN. Amenazas á mi!
 VILL. Yo no amenazo,
 un buen consejo, y nada mas, ofrezco.
 JUAN. El consejo no admito, le rechazo;
 mas la buena intencion os la agradezco.
 (irónicamente.)
 VILL. En este caso debo declararos
 que el enlace...
 JUAN. Acabad.
 VILL. Es imposible.
 JUAN. imposible!
 VILL. Tendreis que sujetaros
 á la princesa de Austria.
 JUAN. Preferible
 la muerte encuentro á boda semejante...
 Eso es vencerme, embajador, batirme;
 es realizar el sueño relumbrante
 de ese partido vil que quiere hundirme.
 Oh! no, jamás, jamas!..
 VILL. Ya presumia
 que esto era contrariar vuestro desseo;
 pero, en nada, don Juan, ceder podria
 por qué no se afectuase este himenco?
 JUAN. Terrible posicion! Cuerpo de Cristo!
 Y... no hay remedio... (pensativo.)
 VILL. (La tormenta aplaca.)
 Si no cedeis, don Carlos...
 JUAN. Está visto,
 le casarán con la princesa austriaca.
 VILL. Asi sucederá probablemente.
 JUAN. Qué pensais, Caracena, del asunto?
 CARA. Poco alcanzar, señor, puede mi mente
 para fallar en tan difícil punto,
 pero estoy por ceder; mas vale al cabo
 dar la parte, por no perder el todo,
 que ser del Austria despreciable esclavo
 y ocultar nuestras frentes en el todo.
 El rey, bien lo sabeis, para su esposa
 á Maria Luisa de Borbon prefiere;
 dadle gusto, señor, y no habrá cosa
 que vuestro influjo poderoso altere.
 VILL. ¿Qué resolveis, don Juan?
 JUAN. Lo que antes dije.
 VILL. Fat al obcecacion!
 JUAN. Ceder no puedo;
 es por demas lo que de mi se exige...
 no ha de salir Mariana de Toledo.
 Esa muger contrasta mi destino,
 quiere eclipsar la estrella de mi suerte,
 y ya que se atraviesa en mi camino
 entre los dos decidirá la muerte.
 VILL. La nacion sufrirá males sin cuento...
 JUAN. Sufra pues la nacion.
 VILL. Vuestra privanza
 tal vez concluya por tan loco intento...
 JUAN. Concluirá mi poder con mi venganza.
 VILL. Vais á ofender de Carlos el catino...
 JUAN. Conseguireis al fin que yo me aburra.
 ¿Qué entiende de politica ese niño?
 Las gracias me dará cuando discurra.

VILL. Pero...
 JUAN. Acabemos; basta de objeciones.
 Como mas le convenga obre la Francia,
 mas sin investigar mis intenciones.
 He dicho.
 VILL. (Qué selvática arrogancia!)
 JUAN. Vamos. (á Caracena.)
 CARA. Cuando gusteis. (dándole el brazo.)
 JUAN. El ciclo os guarde.
 VILL. Y á vos, don Juan. (La fuerza que has perdido
 con esa terquedad sabrás mas tarde...
 Por la reina Mariana me decido.)
 (levantase don Juan, y apoyado en el brazo de Caracena entra en la cámara del rey.)

ESCENA VII.

VILLARS.

Terrible es don Juan, agreste,
 no le convencen razones,
 y á su fin, á su ruina
 marcha con pasos veloces.
 El selo quiere, paciencia...
 Obedecer á mi corte
 es mi obligacion primera,
 y pienso no anduve torpe
 en la intriga... Si se enzarzan
 los partidos, si hay desórden,
 si arde la guerra civil...
 no dirá el buen Luis catorce
 que no le he servido.— Voy.
 voy á decir á mi corte
 lo que pasa, y á pedir
 terminantes instrucciones.
 (sientase á una mesa y escribe.)
 «Tambien conviene
 que algun pueblo se alborote
 contra el príncipe,— las tropas
 pocas y están en desórden.—
 Oportuno tambien juzgo
 que el Luxemburgo se tome
 á toda costa.—Don Juan
 es feroz, no reconoce
 limite alguno su orgullo;—
 convendrá que se le dome;—
 dad cuenta á su magestad
 y remitidme instrucciones.»

ESCENA VIII.

VILLARS, escribiendo, y VALENZUELA aparece por
 la puerta del foro.
 VAL. (Está escribiendo.)
 VILL. (Acabé.) (cerrando el pliego.)
 VAL. Marqués!
 VILL. Quién me llama?
 VAL. Yo.
 VILL. Nos observa alguno?
 VAL. No.
 VILL. Estais seguro?
 VAL. Si á fé!
 Vuestro billete lei
 y de su objeto enterado,
 he venido de contado
 á que dispongais de mi.
 VILL. ¿Qué hay de don Juan?
 VAL. Roca cosa,

lo de siempre; enfermo sigue
y día y noche le persigue
alguna idea angustiosa
que le atormenta y le agita,
pues á su mal, á su tedio,
no se encuentra ya remedio.
Su cuerpo se debilita,
su mente se desvaneece,
y en algunas ocasiones,
por sus estrañas acciones,
un demente me parece,

VILL. Su enfermedad nos ayuda,
con maña la aumentaremos...
aunque ya poco debemos
temer su inllujo.

VAL. Sin duda.

VILL. Y la reina?

VAL. Está corriente.

VILL. Cede ya en sus pretensiones?..

VAL. Cede.

VILL. En las negociaciones
consiente por fin?

VAL. Consiente.

Sus amigos nada harán
para provocar la lid,
siempre que vuelva á Madrid
y se destierre á don Juan.

VILL. Muy fuerte es la condicion!..

VAL. Pues piensa que es poca cosa
si á Carlos dais por esposa
á Maria Luisa Borbon.

VILL. Yo tal vez podré alcanzar
que á la corte dé la vuelta,
pero temo una revuelta
muy seria, si á sospechar
el pueblo llega algun dia
que al guerrero victorioso,
que aseguró su reposo,
desterrado se le envia.
Don Juan tiene mil parciales
que nos podrán dar qué hacer!..

VAL. Mariana sabe volver
los franceses, imperiales.
Es juego de toma y daca...
Deje la corte don Juan,
y se acabó nuestro afan
por la boda con la austriaca.

VILL. Si hubiese un medio capaz...

VAL. Mi talento no le alcanza.

Todo menos la privanza
de ese soldado procaz.
Mariana á la paz propende,
sus amigos cederemos,
á todo nos avendremos,
menos á don Juan, se entiende.

VILL. Y si no fuese posible
que abandonase esta tierra,
¿movierais al rey la guerra?

VAL. Estreño fuera sensible...
Pero aun cuando se opusiera
la reina, que se opondria,
su partido lucharia
y la guerra sostuviera.

VILL. (Magnifico!) Yo no puedo
en ese plan consentir.

VAL. Mas podeis hacer salir
á la reina de Toledo.

VILL. Tal vez...

VAL. Y si eso podeis,

por qué á Carlos no indicais
que salga don Juan?

VILL. Tocais
un punto que no entendéis.
Acaso indirectamente
puedo apoyar vuestro plan,
mas desterrar á don Juan
mi corte no lo consiente.

VAL. Es decir, en conclusion,
que vos, por distintos modos,
estais jugando con todos,
dando y quitando razon.
Por cierto señor marqués,
que es un poco sucio el juego!

VILL. Sed ahora prudente, os ruego,
para juzgarme despues.
En politica es frecuente
saber hacer la desecha,
y apuntar á la derecha
para herir mejor al frente.
Sois, vive Dios, muy novicio
en esto de conspirar!..
Teneis mucho que estudiar
para aprender el oficio.

VAL. No diré que no... Esa maña,
ese talento engañoso,
podrá ser muy provechoso;
pero se ignora en España.
Sus hijos jamás fingieron,
veraces, francos, explicitos,
sus gustos buenos ó ilicitos
siempre en alta voz dijeron.
De la verdad el camino
tan solo se sabe aqui...
¿Qué quereis?.. Somos asi,
el pan, pan; y el vino, vino.

VILL. En una contradiccion
hais incurrido, Tadeo,
pues vos, segun lo que veo,
obrais aqui con ficcion.
Vos vinisteis á espiar
al principe noche y dia!..

VAL. La reina asi lo exija,
y no quiero hacerme aborcar.

VILL. Pero confesad sincero
que fingis con propiedad!..

VAL. Esta es una habilidad
que aprendi en el estrangero.

VILL. Conque no nos arreglamos?

VAL. En vos consiste.

VILL. Eso no,
la culpa no tendré yo
si la ocasion malgramos.
La reina madre... vendrá,
resueltamente lo digo;
respecto al principe, amigo;
poco mi inllujo valdrá.

VAL. Pues sin esa condicion
no puedo empeñarme á nada.
Habrá lucha y obstinada!..

VILL. Tan facil es la esplosion?..

VAL. Tan facil, que á duras penas
podemos ya refrenar
el impetu popular,
mal sujeto entre cadenas.
Y una palabra, una voz,
un gesto qué mal se aplique,
hará que se rompa el dique
de ese torrente feroz.

Y en aquel terrible día,
de cólera el pueblo lleno,
¿Quién podrá ponerle freno?
¿Quién domará la anarquía?
Tan atroz calamidad
evitar con la prudencia,
es un deber de conciencia,
un deber de humanidad...
Esto solo hacerlo pueden
los que mandan... Vos también...

VILL. Yo!

VAL. Si se les trata bien
los pueblos oyen y ceden.

VILL. (Cada vez más me confunde
el lenguaje de este hombre!..
Hasta su modesto nombre
serias sospechas me infunde.)

VAL. Pensativo estás.

VILL. Si á fé.

Pienso en lo que vos decís,
siento lo que vos sentís,
y á que atenerme no sé.
Hasta comienzo á dudar
que tengáis tanta influencia
como parece.

VAL. Vuestro

sabe como debe obrar:
sabe que me ha de tener
constantemente á su lado,
y en todo lance apurado
consultar mi parecer.

VILL. Mi rey así lo mandó
en los pliegos que tragisteis,
y desde entonces ya visteis
como me conduzco yo.
Y esta recomendación
tan secreta como extraña,
me hace pensar que en España
sois hombre de elevación;
aunque, para oculto plan
disfrazado con librea,
seáis para quien os vea
doméstico de don Juan.

VAL. El, por vos, me dió esta plaza.

VILL. Así lo quiso mi rey,
y obedecer es mi ley...
Pero vos no tenéis traza
de ser un hombre vulgar.

VAL. Tal vez...

VILL. ¿Acerté?

VAL. Marqués,
dejemos esto, que es
larga historia de contar.

VILL. En mi prudencia no creo
que tenéis gran confianza.

VAL. Oh! muchísima!

VILL. Eso es chanza.

Ni aun sé quien sois...

VAL. Soy... Tadeo.

VILL. Ya!

VAL. Pues.

VILL. No sois tan novicio
como pensé en conspirar.

VAL. Pues aun tengo que estudiar
para aprender el oficio.

VILL. En el negocio pensad
que está nuestra suerte puesta.

VAL. Pensaré y daré respuesta.

VILL. Encargó la brevedad.

VAL. Descuidad. A Dios, marqués.

VILL. El os guarde, cual deseo.

(Buena pieza es el Tadeo!)

VAL. (Linda alhaja es el francés!)

(vase Villars por el foro y Valenzuela por la segunda puerta de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE LICHE, EL DUQUE DE MEDINACELI Y
VILLARS.—A su tiempo aparece VALENZUELA.

MEDI. Mucho me admira, marques.

LICHE. Ah! Pues lo sé bien de cierto,
ya es voz muy autorizada,
otra cosa no habla el pueblo.

VILL. Liche, es una atrocidad!

LICHE. Inaudita... y aun por eso
nos hallamos en el caso
de desmentir con empeño
esa conseja ridícula
que tiende á nuestro descrédito.

MEDI. Y dan pormenores?

LICHE. No:
dicen solo que el progreso
de la enfermedad del príncipe
se debe á nuestros manejos;
que por deshacernos de él
lento y terrible veneno
le hemos dado... porque, añaden,
en cuanto don Juan sea muerto,
entre si deben partirse
los honores y el gobierno.

MEDI. Infames!

VILL. Tranquilizaos,
despreciad esos dicitos
que en el inocente vulgo
esparcen los descuentos,
para formarse partido
y alcanzar mejor sus medros.
Los revoltosos de oficio
apelan á los denuestos,
á la intriga, á la calumnia
para llegar á su objeto,
y si consiguen fijar
la atención, su triunfo es cierto.
No contesteis á sus voces,
que es darles merecimiento;
y á esos reptiles inmundos
les mata solo el desprecio.

LICHE. ¿Sabeis como está don Juan?

MEDI. Como siempre; sigue enfermo
y tan vilioso y feroz
como de costumbre.

LICHE. Eso
no es novedad; yo pregunto
si piensa con su proyecto
seguir adelante.

VILL. Yo
mil reflexiones le he hecho
acerca de la política
con que gobierna estos reinos,
y únicamente he logrado
que dé su consentimiento

para que la reina madre regrese de su destierro.

LICHE. Ya es algo... Pero decidnos de esa concesion el precio.

VILL. Exige absolutamente que la reina y sus prosélitos, en cuanto al real matrimonio desistan de sus proyectos.

LICHE. Teme al Austria, bien se vé; porque comprende de cierto, que unida aquella potencia por los lazos de himeneo á la España, él perderá su omnimodo valimiento, y le hará espíar Mariana la afrenta que está sufriendo. Pero se engaña, pardiez!

Aun alienta en nuestros pechos el corazon varonil

de nuestros nobles abuelos, aun queda sangre española dispuesta á verterse á tiempo, tanto en defensa del rey, como en defensa del pueblo.

Hartos estamos de injurias, hartos de sus desafueros, hartos de ser el juguete de ese bastardo soberbio.

Con su absoluto poder, decid, señores, ¿qué ha hecho?

Avivar la insurreccion de Cataluña, dar fuego al Portugal, dar á Francia influencia, valimiento...

VILL. Yo os diré... *(interrumpiéndole.)*

LICHE. Disimulad, *(lo mismo.)*

marqués, lo que digo siento, y juzgo que no me engaño; don Juan es de Francia siervo, y á la voz de Luis catorce obedece mudo y ciego.

Y aunque susceptible fuera de disculpa este defecto,

¿lo es por ventura el econo con que persigue frenético, á los que á la reina madre noblemente defendieron?

¿Así se ganan amigos?

¿Se adquieren así prosélitos?

¿Es proceder como honrado, es accion de caballero,

el encerrar á Mariana en los muros de Toledo,

dándola, como por mofa, aquel inútil gobierno?

Quien así, marqués, se porta, es mas que malvado, necio;

y quien venga en una dama su político despecho,

ni es noble, ni es español;

que aquí por regla tenemos, lidiar con hombres barbados,

rendirnos al bello sexo.

VILL. Es decir, don Luis de Haro, que sois partidario acérrimo del Austria.

LICHE. En este negocio. Entendeis...?

VILL. Pues es advierto,

para que os sirva de norma, que sobre el enlace régio, cuanto intenteis, cuanto hagais, no es mas que perder el tiempo.

MEDI. Pues qué, consiente Mariana?

VILL. Consiente.

LICHE. Es posible!

VILL. Es cierto, no lo dudeis; tengo pruebas de que se aviene á este arreglo.

LICHE. Y si regresa la reina á Madrid, ¿del ministerio saldrá don Juan?

VILL. Me parece que no se ha tratado de eso.

LICHE. No? Pues entonces os juro que sabré poner en juego mis relaciones, mi influjo, para que aborte un proyecto del que ninguna ventaja, marqués, esperar podemos.

MEDI. No os acaloreis, don Luis, moderad ese ardor ciego, que puede comprometer á la reina y á los nuestros. El coloso ha de caer solo por su propio peso.

LICHE. Por qué?

MEDI. Que tal preguntéis!

Si en medio de un llano inmenso se elevase una pirámide combatida por los vientos,

y en su cúspide quisiera fijar un hombre su asiento,

al verle caer, ¿dudárais quién pudo arrojarlo al suelo?

Su posicion, su locura, su gravedad, su aislamiento.

LICHE. Discurreis, Medinaceli, grandemente, lo confieso: mas no tiene aplicacion en este caso...

MEDI. Silencio!

Alguien viene.

(sale Valenzuela por el foro y se entretiene por la escena, procurando oír la conversacion.)

VILL. No hay cuidado.

LICHE. Quién es?

MEDI. El ugier Tadeo, el hombre de confianza del príncipe...

VILL. Es un doméstico inofensivo.

MEDI. Será como decís, pero temo...

LICHE. Bien dicho. En otra ocasion el coloquio seguiremos.

VILL. Como gustéis.

MEDI. Dios os guarde.

VILL. Acompañaros deseo, pues yo tambien me retiro, si lo permitis.

MEDI. En ello nos honrareis por demas.

LICHE. Pasad. *(á Villars, en la puerta del foro.)*

VILL. Vos.

LICHE. No lo consiento.

(vanse todos por el foro, tomando la delantera el embajador de Francia.)

ESCENA II.

VALENZUELA.

Estraña suerte es, vive Dios, la mia.
 Quién soy? Qué valgo yo? Qué represento?
 Soy un proscrito — nada valgo hoy día—
 represento el papel de infame espia...
 Y no obstante el honor me presta aliento.
 Favores hay que matan, distinciones
 que hacen al hombre hollar de honor las le-
 yes...

Hay momentos de prueba, hay ocasiones
 en que, por gratitud, nobles varones
 se rinden al capricho de los reyes.
 Mas esta posición triste, azarosa,
 es un deber de honor, si bien se explica...
 Mariana fué conmigo generosa...
 Mucho puede una dama, si es hermosa!
 Mucho puede una reina, si suplica!
 Pero tambien en mi fatal empleo
 suele alivio encontrar el pecho herido...
 Si no puedo alcanzar cuanto deseo,
 alguna vez á mi adorada veo
 y de su dulce voz oigo el sonido.
 Pues bien: valor! Los fuertes corazones
 no ceden al rigor de las desgracias:
 el cielo premiará mis intenciones...
 Patria y amor dirigen mis acciones,
 patria y amor, tal vez, me darán gracias.

(saca un papel y va á colocarle debajo de uno de los
 floreros, en cuyo momento aparece Gomez Silva.)

ESCENA III.

VALENZUELA y GOMEZ SILVA.

SIL. Dios guarde al señor Tadeo.

VAL. Y él á vos.

SIL. Qué se hace?

VAL. Nada;

los adornos de esta mesa
 por divertirme arreglaba.

SIL. Muy bien... Hombre, este florero
 no conserva la distancia
 conveniente, separadle
 á la izquierda media cuarla...

VAL. Si está bien.

SIL. Qué disparate!

Yo le pondré. (queriendo colocar el florero.)

VAL. (conteniéndole.) Eso faltaba,
 que vos os incomodaseis
 cuando yo...

SIL. Si á mi me agradan
 estas cosas.

VAL. ¿Os han hecho
 por ventura maestresala?
 Dejadme. (El diablo le lleve.)

SIL. Buen viejo, ¿os picais?

VAL. Me enfada
 que otro haga mi obligacion.

SIL. (Vaya un enfado! Aquí hay maula.)
 Dejadme...

VAL. Ya está bien puesto.

SIL. (Ola! Qué miro? Una carta!
 Disimulemos.) Decid,
 ¿habeis visto en esta sala
 al caballero Pantoja?

VAL. No señor.

SIL. Pues le esperaba.

VAL. Pues no ha venido.

SIL. Ya entiendo.

Y no sabeis?...

VAL. No sé nada.

(Pregunton el hombre viene.)

SIL. (Viejo es de poca cachaza.)

Os vais?

VAL. ¿Teneis que mandarme?

SIL. No por cierto. (Vaya en gracia

y no vuelva... Asi veré

lo que contiene la carta.)

(vase Valenzuela por el foro.)

ESCENA IV.

GOMEZ SILVA.

Gracias á Dios que se fué!
 La impaciencia me mataba...
 Tengo gran curiosidad
 de ver qué secretos guarda
 ese papel... Gente viene...
 y es Pantoja... Le esperaba,
 pero ahora doy á los diablos
 su inoportuna llegada.
 Voy á decirle... mas, no,
 aguardaré á que se vaya;
 aclarar solo el misterio
 puede que cuenta me traiga.

ESCENA V.

GOMEZ SILVA y PANTOJA, por el foro.

PAN. Ya estais aqui? Vive Dios
 que sois esacto y puntual
 en vuestras citas.

SIL. No tal;
 soy tan puntual como vos.

PAN. Estamos solos, podeis
 vuestra consulta empezar;
 dispuesto estoy á escuchar
 cuanto decirme gustéis.
 Y aunque no alcanza muy lejos
 mi talento, probaré
 si en vuestras dudas podré
 daros algunos consejos.
 Empezad, pues.

SIL. Lo primero
 que quiere saber mi afan,
 es si morirá don Juan.

PAN. No soy santo, ni hechicero:
 pero, ¿quién en la jornada,
 que con disgusto profundo
 ha de hacer por este mundo,
 tiene la vida comprada?

SIL. Si á chanza tomáis la cosa,
 escusado es el hablar.

PAN. Y qué os he de contestar
 á pregunta tan donosa?

SIL. Don Juan está enfermo...

PAN. Bien,

y tal vez al dar un paso
 muera; ó viva mas, acaso,
 que el mismo Matusalen,

SIL. Pues corriente, prescindamos
 de esta cuestion, y tratemos
 de lo que actualmente vemos,
 los que palacio pisamos.

(Valenzuela aparece en el foro, oye los cuatro siguientes versos y se retira.)

Yo estoy muy comprometido,
porque defendiendo á don Juan,
y al mismo tiempo en el plan
de la reina me han metido:
y no sé como salir
de este oscuro laberinto,
ni soy blanco, ni soy tinto.

PAN. Debeis ver, callar y oír.

Esta es la marcha prudente,
Silva, que habeis de adoptar;
y sobre todo cuidar
de no ir contra la corriente.
Hasta de los mas amigos
recatad vuestra opinion,
y prestad con discrecion
apoyo á los enemigos.
Que estos ocultos favores
hechos á tiempo y con tino,
facilitan el camino
de unirse á los vencedores.
La politica es un juego
de la gente cortesana,
donde el mas fullero gana
lo que pierde el torpe y lego.
Los partidos, en rigor,
no merecen servidóres;
y si todos son peores,
el que triunfa es el mejor.

SIL. Os burlais?

PAN. No, por mi fé.

Os digo la verdad pura.

SIL. Sin embargo, es cosa dura
faltar al principe...

PAN. Y qué?

El marqués de Liche, ese hombre
hoy tan amante del tropo,
que con reverente tono
siempre pronuncia su nombre,
no hace mucho detestaba
la magestad que hoy invoca,
y era de injurias su boca
un torrente cuando hablaba.
Furioso por no alcanzar
de su padre los honores,
proyectaron sus rencoros
al monarca asesinar;
y bajo del coliseo
hizo una mina, de suerte
que el rey pudo hallar la muerte
donde buscaba el recreo.
Párceme que este intento
olvidarse no debiera,
aunque el marqués prometiera
sincero arrepentimiento.
Pues, con mengua de la ley,
hoy tiene honores, grandeza,
y dice que su cabeza
es propiedad de sô rey.
Caracena es otrotal,
adulador, intrigante,
de caracter dominante
y orgulloso sin igual.
Por hacerse el necesario
fué contra los portugueses,
y solo alcanzó reveses
en su empeño temerario.
De su arrogancia ambiciosa

otro fruto no sacó,
que el polbo que recogió
buyendo en Villaviciosa,
donde cuatro mil soldados
perdió, catorce cañones,
el bagage y municiones,
y dejó mil rezagados.
Estos los títulos son,
las glorias de Caracena;
mas él con frente serena
deja á la murmuracion
que critique cuanto pueda,
á su sabor y sin tasa;
porque la critica pasa
y el provecho en casa queda.
Contreras, Velez, Barrientos,
Ruiz, Sandoval y Granados
son unos pobres menguados,
ó mas bien unos hambrientos
que hoy adulan á don Juan
por comer, y que mañana
adularán á Mariana;
su opinion no es más que pan.
Ya veis que entre gente tal
si la echais de escrupuloso,
constante y pundonoroso,
habeis de parecer mal.
Qué! ¿Dudais?

SIL. Y vos, Panloja,
¿cómo no poneis en práctica
toda esa sublime táctica?

PAN. Pórque me enfada, me enoja
hasta el ruido de la corte;
y porque, aunque entiendo bien
las cosas, este belén
no es para hombres de mi porte.
Figurára si quisiera,
pero, ¿qué he de ambicionar?
¿Mas riquezas me han de dar
que tengo yo en Antequera?

SIL. Dichoso vos!

PAN. Muy dichoso,
pues que consigo vivir
sin verme espuesto á servir
de juguete á un poderoso.

SIL. Seguiré vuestros consejos.

PAN. Bien hareis.

SIL. Y tendré cuenta
para evitar la tormenta
cuando llegue...

PAN. No está lejos.
Venis?

SIL. Aguardo á un amigo;
si otra cosa no mandais...

PAN. No por cierto: vos estais
siempre cumplido conmigo.
(vase por el foro.)

ESCENA VI.

GOMEZ SILVA.

Dice bien; para medrar
en las cortes es forzoso
ser muy poco escrupuloso,
y saber disimular.
Si yo consigo ganar
con uno y otro partido,
mis afanes se han cumplido;

y si tan misero soy
que me quedo como estoy,
maldito lo que he perdido.
Mas ahora que ya se fué
mi consejero juicioso,
de ese papel misterioso
el secreto aclararé.
¿Qué podrá ser? Lo veré,
y si llego á sospechar
que es cosa que pueda dar
influencia ó valimiento,
se lo revelo al momento
á quien lo pueda pagar.

ESCENA VII.

GOMEZ SILVA Y VALENZUELA.

(*Silva va hácia la mesa donde estan los floreros y saca la carta. Valenzuela, que le ha observado desde el foro, se coloca detrás de él y se dispone á quitársela.*)

SIL. No me equivocaba yo,
es la misma, vive Cristo!
Pues que ninguno me ha visto
he de enterarme...

VAL. Eso no. (*le arrebató la carta.*)

SIL. ¿Quién es el audaz! (*sorprendido.*)

VAL. Tadeo.

SIL. ¿Y quién tamaña violencia,
tan inaudita insolencia
puede autorizar?

VAL. Mi empleo.

SIL. Osado sois, vive Dios,
pero os sabré castigar.

VAL. Porque no os dejo tomar
cosa que no es para vos?

SIL. Y es vuestra acaso?

VAL. Os diré...

No es mía, pero tampoco
os pertenece.

SIL. O sois loco,
ó qué sospechar no sé.

Nadie tal atrevimiento
con Gomez Silva ha tenido.

VAL. Si mi accion os ha ofendido
culpado solo á vuestro intento.
He obrado como debía.

SIL. Como villano...

VAL. Y es llano,
que no ha de obrar el villano
mejor que vueseñoría.
Pues cuando vos olvidais
lo que á vos mismo os debéis,
en el trance me poneis
de faltar, cual vos faltais.

SIL. Tenga en cuenta el viejo loco
que está sola la antesala.

VAL. No hagais del desprecio gala,
porque me importa muy poco

SIL. Al principe enteraré
de tu infame demasia.

VAL. Decidlo, por vida mía;
yo tambien se lo diré.
Ya que por maña he vencido
quiero vencer por razon,
y haceros ver la intencion
que en este asunto he tenido.

Este papel misterioso
que cogisteis con afan,
es secreto en que don Juan
cifra su suerte y reposo.
Y vos, siendo tan su amigo,
jamás debisteis querer
sus secretos sorprender,
cual pudiera un enemigo.

SIL. Su alteza no se ofendiera
pues sabe mi lealtad.

VAL. Punto es ese que en verdad
cuestionarse bien pudiera.

SIL. ¿Qué osais decir?

VAL. Que no puedo

considerar muy leal,
al que trato criminal
tiene con los de Toledo:
al que al principe defiende
por una ambición liviana,
y con la reina Mariana
allá en secreto se entiende:
al que adula á dos partidos
por la esperanza del oro,
y al que sin fé, sin decoro,
busca... sus bienes perdidos.

SIL. Cielos! (*desconcertado.*)

VAL. Os turbais? No gusto
de estas escenas... Marchad
con Dios, y disimulad
mi proceder algo adusto.

SIL. (*Qué hombre es este! Aquí hay misterio.*)

VAL. Sed, Gomez Silva, prudente,
mientras que don Juan caliente
la silla del ministerio.

SIL. (*El diablo es, así lo creo.*)
Voyme pues, porque es forzoso...
Pero, viejo misterioso,
decidme, ¿quién sois?

VAL. Tadeo.

SIL. (*Este enigma he de aclarar,
aunque arriesgue la cabeza.
El ofendió mi nobleza,
mas yo me sabré vengar.*)

(*vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

VALENZUELA.

Suerte desgraciada mía,
¿qué quieres de mí? ¿qué intentas?
que ni peligros te bastan
ni te satisfacen penas!
Hoy he podido perderme
por la fatal imprudencia
de dejar abandonada
esa carta... No creyera
que la hubiese visto... En fin,
valiome la estratagema
de decirle que era cosa
del principe... mas la fuerza
que he tenido que emplear
para arrancársela, esa
no me la perdonará;
y si á su venganza encuentra
ocasion... Pero alguien abre,
si no me engaño, esa puerta...
Es ella! Ya retirarme
no es posible... Amor, prudencia!

ESCENA IX.

VALENZUELA, y doña SOL hablando á FLORA en la puerta de la derecha, dando la espalda á aquel, á quien no ve hasta el momento que lo indica el diálogo.

SOL. Ten cuenta, Flora.

FLOB. Muy bien.

Su Excelencia está ocupado, y pienso que no hay emulado.

SOL. Si acaso, al instante ven. *(vase Flora.)*

Ah! *(sorprendida al ver á Valenzuela.)*

VAL. *(Qué hermosa!)*

SOL. Yo venia... *(turbada.)*

porque mi padre un papel olvidó...

VAL. Venis por él?

Tomele vuesñoría.

(¿Quién tan celeste hermosura

podrá imposible mirar?)

Está? *(á Sol, que anda registrando bajo los floreros.)*

SOL. No le puedo hallar

VAL. Pues lo siento.

SOL. Suerte dura!

VAL. Tanto os importa?

SOL. Si á fé:

acaso mas que pensais.

VAL. Poco afortunada estais.

SOL. Nunca propicia me fué la fortuna.

VAL. *(He de dejarla*

entregada á su afliccion,

cuando sin esposicion

puedo y debo consolarla?)

No extraño se haya perdido

ese papel, pues aqui

debe haber duendes... A mi

lo propio me ha sucedido.

De cierto amigo emigrado,

á quien aprecio sincero,

puse alli, bajo el florero,

una carta, y la han tomado.

SOL. Cielos! Emigrado?

VAL. Si.

SOL. Y es vuestro amigo? *(con mucho interes.)*

VAL. El mejor.

SOL. Y os confia?..

VAL. Hasta su amor.

SOL. Sabeis de él?

VAL. Como de mi.

SOL. Su nombre...

VAL. Callarlo debo.

SOL. Y dónde está? *(muy agitada.)*

VAL. No lo sé.

SOL. Se acuerda de mí?

VAL. Si á fé.

SOL. Quiero verle...

VAL. No me atrevo.

SOL. Pero, es Fernando?

VAL. Fernando.

(Mal mi prudencia resiste.)

SOL. Oh! Si me viera tan triste,

y como por él penando

consumo la vida mia,

aliviára mi quebranto,

y por enjugar millanto

á todo se arriesgaria.

VAL. No lo dudo, porque os ama.

SOL. Es cierto?

VAL. Asi me lo dijo.

SOL. Su recuerdo vive fijo

en el pecho de su dama.

Pero, dónde, dónde está?

No tan cruel querais ser

con una pobre muger,

que á perder el juicio vá.

Por piedad!.. Hecho pedazos

teneis ya mi corazon!..

Dó está?

VAL. *(Venció mi pasion.)*

Bella Sol, está en tus brazos!

(quiere abrazarla y Sol le rechaza sorprendida.)

SOL. Cielos!

VAL. Yo soy.

SOL. Desvario!

VAL. Soy tu Fernando, tu amante...

SOL. Esa voz! Ese semblante...

No hay duda... Fernando mio! *(se abrazan.)*

VAL. Ten prudencia, ó nos perdemos.

SOL. Al fin te vuelvo á encontrar!

Al fin podremos hablar

del amor que nos tenemos.

Qué gozo!

VAL. Si, vida mia,

desde hoy unidos los dos...

Pero, ¿qué tienes? Gran Dios!

(á Sol que se apoya en su brazo casi desvanecida.)

SOL. Ah! Me mata la alegría!

VAL. *(Que compromisos! Modera*

esa pasion que te inflama.

SOL. Fernando, aunque yo quisiera,

mal se reprime quien ama.

Pero, cómo te has salvado?

¿Por qué vistese ese traje?

VAL. Ya sabes mi triste viage

y por qué fui desterrado

á Filipinas. Mi suerte

no quiso que allá arrihase,

sin que otro dolor probase

mas horroroso, mas fuerte.

Imprevista tempestad

nuestro bajel arrastró,

y á otro rumbo le lanzó

con rauda celeridad.

El sol entre densa bruma

su luz nitida velaba,

y el mar sus ondas alzaba.

entre festones de espuma.

De las nubes el licor

en torrentes descendia,

y en lontananza se oia

de los truenos el fragor.

En medio de la tormenta

el rayo en el cielo brilla,

arde la jarcia, y la quilla

en las arenas se asienta.

En tan triste situacion,

marineros y soldados

esfuerzos desesperados

hacen por su salvacion...

pero inutilmente: el viento

el incendio propagó,

y ninguno se salvó.

Yo en el liquido elemento

y asido á un leño, luché

contra las angustias mías
por espacio de dos días...

SOL. Qué horror!

VAL. Por fin me salvé.

Un buque me divisó,
cuando ya mi fuerza inerte
iba á entregarme á la muerte,
y á bordo me recogió.

SOL. Y despues?

VAL. A Francia fui;
y sin perder un momento
de mi riesgo y salvamento
noticia á la reina di.
Esta me recomendó
á un ilustre personage,
quien al saber mi linage
al rey Luis me presentó;
y en secreta conferencia
se me dió una comision
de interés, de esposicion,
y de grave trascendencia;
que es menester relaciones
con Francia y su embajador
y de Mariana mejor
dirigir las intenciones.
Al embajador francés
orden de su rey le trage,
para que unido trabaje
connigo; de suerte que es,
en este raro negocio,
quien hace peor papel;
pues yo le conozco á él
y él no conoce á su socio.

SOL. Y si don Juan...?

VAL. Mi persona
tambien le es desconocida,
pues no me ha visto en su vida.
Él estaba en Barcelona
cuando yo aqui figuraba...
Si despues me persiguió
fue por mi apellido, no
porque yo le molestaba.

SOL. Ah! Fernando, ahora comprendo
lo bien que haces en vivir
oculto, sin descubrir
quién eres. Todo lo entiendo.
Pero, ¿por qué no abandonas
esos negocios politicos?
¿Por qué tantos riesgos criticos
en torno de ti eslabonas?
¿No fuera mejor, Fernando,
que no espusieras tu vida,
que es para mi tan querida,
viviendo en reposo blando?

VAL. No es posible.

SOL. Y aun dirás
que me quieres, cuando asi
te arriesgas, y no es por mí!
No me has amado jamás!
Yo para vivir contigo
cediera de buena gana
esta pompa inútil, vana,
con que me abrumo y fatigo.
Y allá en un rincon de España
tuvieran nuestros amores,
por alicientelas flores,
por palacio una cabaña.
Y cuando sin pena alguna
sentados entre el tomillo,

su dulce rayo amarillo
fuese estendiendo la luna,
en amorosas querellas
pasáramos la velada,
viendo en la esfera azulada
reverberar las estrellas.
Y el céfiro voluptuoso
nos tragera del vergel,
de la rosa y el clavel
el aroma delicioso...

y viviéramos gozando
sin temor alguno allí,
yo tan solo para ti,
y tú para mí, Fernando.
¿No fuera hermosa esta vida?
La imaginas tú mas bella?

VAL. No, mas me niega mi estrella
felicidad tan cumplida.
Bella es la aurora al nacer
y el sol en el occidente,
bella la flor, si el ambiente
la hace en su tallo mecer;
y la estrella fulgorosa,
si en medio de noche umbria
su rayo de luz envía
sobre la mar procelosa.
La naturaleza es bella
en todo cuanto ha creado,
mas, ¿qué valen á tu lado
aurora, sol, flor y estrella?

ESCENA X.

Dichos y FLORA que entra precipitadamente.

FLOR. Señora, señora!

SOL. Qué?

FLOR. Aqui viene su excelencia,
retiraos.

VAL. Imprudencia
fuera quedarte.

SOL. Lo sé.

VAL. A Dios, Sol.

SOL. A Dios, Fernando.

VAL. Volverás?

SOL. Lo intentaré,
pero no sé si podré.

FLOR. El tiempo se vá pasando
y el marqués puede llegar.

SOL. A Dios!

FLOR. ¿Volvemos al tema?

SOL. No acierto...

FLOR. ¡Jesus, que flemma!

SOL. Vamos pues.

FLOR. Sin vacilar.

(vanse las dos por la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

VALENZUELA, despues CARACENA saliendo de su habi-
tacion con un papel en la mano.

VAL. El secreto de mi vida
he descubierto, y pardiez
que no sé si anduve cuerdo
en ello; pues la muger
no tiene tanta reserva
como fuera menester.
Pero aqui el marqués se acerca...
Fernando, volvamos pues

á representar de nuevo
nuestro misero papel.

(vase al foro donde queda paseando lentamente.)

CARA. Tienen razon mis amigos,
fuerte compromiso es,
y yo debo prepararme
para no arruinarme en él.

(leyendo la carta.)

Qué diablo! Esto bien se dice,
pero de decir á hacer
hay muy notable distancia...
Si salto al principe... bien,
puedo ganar; mas si luego
él logra prevalecer
me he perdido... Es mas seguro
serle todavia fiel.

Quiere que estalle en Toledo
un motin, y que le den
vivas; y contra la reina
el populacho soez
se desate... Consecuencias
terribles puede traer
este paso, pero yo
no debo retroceder
en el camino que sigo.

Adelante, escribiré
á quien puede en un momento
el desórden promover.
¿Cómo saldremos de lance?
Eso se verá despues.

*(Se acerca á la mesa deja el papel doblado que tiene
en la mano, coge otro y se pone á escribir.)*

VAL. *(Paréceme que agitado
por demas anda el marqués.
Alguna intriga está urdiendo.)*

CARA. Esta es la cosa... Acabé.
(se levanta doblando el papel que ha escrito.)

¿Y no pudiera algun dia
acaso darme qué hacer
esta escitacion al pueblo?
Con mil dudas á la vez
batallo... Estoy indeciso...

*(Tira el papel, ya doblado, encima de la mesa y se
pasea con la mayor agitacion.)*

Señor! señor! Es cruel
mi posición... Pero al cabo *(despues de refle-
xionar.)*

preciso es obedecer.

*(siéntase de nuevo y cierra un pliego poniendo den-
tro, no lo que ha escrito, si no el papel que sacó á la
escena. Este cambio se hará rápidamente y del mo-
do mas perceptible que se pueda.)*

CARA. Olá!

VAL. Señor.

CARA. Este pliego
con la mayor rapidez
haced que á Toledo llegue,
y á quien va el sobre.

VAL. Está bien.

CARA. ¿Cómo está su alteza?

VAL. Mal.

CARA. Abrídmeme, le quiero ver.

*(Valenzuela abre la puerta de la cámara de don
Juan y vase Caracena.)*

ESCENA XII.

VALENZUELA.

No se por qué el corazon

me dice que aqui hay misterio..

El aspecto del marqués,
y la urgencia con que el pliego
quiere que á Toledo vaya,
me hacen sospechar... ¡Qué veo!
Olvidado este papel *(reparando en el papel
que Caracena dejó en la mesa.)*

ha dejado... si, en efecto...

Parece recién escrito
y si no me engaño... Cielos!
Es ilusion? No creyera
lo mismo que estoy leyendo!
Bien, señor marqués, muy bien!
Noble es por Dios el deseo
que os anima! La serpiente
quiere su tósigo fiero
derramar; pero no importa,
yo pondré el contraveneno,
Voy á avisar á la reina
sin pérdida de momento;
mas sin descubrir quién sea
el autor de tal proyecto;
que al fin es padre de Sol
y merece mis respetos. *(siéntase á la mesa y
escribe.)*

Pocas palabras, al grano...
Está corriente... Lo cierro.
Mas, ¿qué habrá puesto el marqués
por distraccion aqui dentro?
Cualquiera cosa, es igual.

*(se levanta con los pliegos en la mano y el papel
abierto que dejó Caracena.)*

Despachemos los correos.
Ola! *(llamando, aparecen dos criados.)*

CRIADO 1.º Qué mandais?

VAL. Tomad
ahora, en este instante mesmo
caballos; vais á marebar.

CRIADO 2.º A dónde puseis?

VAL. A Toledo.

En cuanto llegueis, al punto
entregad estos dos pliegos,
este á la reina Mariana,
este á don Lope Revuelto.
¿Entendeis?

CRIADO 1.º Perfectamente.

CRIADO 2.º Vereis si somos ligeros.

VAL. Tu aprieta el paso, de modo
que llegar puedas primero.
(al que lleva el pliego de la reina.)

Tú, detente en el camino
unas dos horas lo menos,
pues no es cosa tan urgente
lo que se dice á Revuelto.

CRIADO 1.º Está muy bien.

VAL. Al instante
partid ambos á Toledo. *(vanse los criados.)*

De esta manera la Reina
podrá precaverse á tiempo.
Yo, por bien de Caracena,
y acaso por mi provecho,
me reservo este papel.
Fortuna, pues tus cabellos
dicen que es preciso asir
en la ocasion, no tan necio
he de ser que la malogre
cuando utilizarla puedo.

(vase por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

VILLARS saliendo por el foro.

Muy bien va el negocio! Bien?
Apenas creerán la Francia
y el rey lo que he conseguido,
ó por mi suerte, ó por maña.
Lisongear á los unos,
intimidar con instancia
á los otros... Me parece
que esto no es ir por las ramas.
El joven Carlos se presta
dócil á nuestra alianza,
y, lo que es mas, he observado
que el amor su pecho abrasa.
Y don Juan? Débil, enfermo,
impaciente el freno tasca.
Ese hombre por su valor,
su atroz caracter, su audacia,
para vivir entre el ruido
de un campamento es halaja;
pero de intrigas de corte
no entiende ni una palabra.

ESCENA II.

VILLARS Y VALENZUELA por el foro.

VAL. Os he visto entrar y vengo
por si me necesitabais...
VILL. Ola Tadeo! En efecto,
hablar con vos deseaba.
VAL. Pues vos direis.
VILL. ¿Nos oirán?
VAL. Nadie: decid lo que os plazca,
VILL. Cierto amigo que en Toledo
cerca de la reina anda,
me escribe secretamente
que se dispone una trama
para...
VAL. Victorear al principe
y gritar muera Mariana;
con el objeto tal vez
de ver si con esta farsa
prestigio adquiere en el pue Blo,
porque ve que se le acaba.
VILL. Cómo! Vos ya lo sabiais?
VAL. Si por cierto.
VILL. Cosa rara!
VAL. ¿Y por qué? En mil ocasiones,
¿no os he dado anticipadas
noticias de los sucesos?
VILL. Es verdad, pero me estraña
que lo sepais, siendo solos
mi amigo y doña Mariana
los que hablaron del asunto.
VAL. Pues ahí vereis.
VILL. (Va me alarma
este hombre con sus misterios.)
¿Y qué pensais?..
VAL. Que no es nada,
y que quedará en proyecto
el motín.

VILL. Pero, si estalla...
VAL. No estallará...
VILL. Sin embargo,
la persona designada
para mover el tumulto
tiene influjo, tiene audacia...
VAL. Si, pero Lope Revuelto
tiene en mucho su garganta,
y, descubierto ya el plan,
procurará conservarla.
VILL. (Diablo! Pues lo sabe todo!)
¿Conque no es cosa que valga
la pena de hablar al rey?
VAL. Lo juzgo cosa escusada.
Mejor obrárais, sin duda
en pedirle con instancia
que, pues don Juan está enfermo,
otro ministro nombrára.
VILL. Oh! Mucho nos con vendria!
Pero en estas circunstancias,
¿de quién se puede echar mano
de la nación?

VAL. De cualquiera
que tenga amor á su patria,
virtud, pureza, honradez
y que á lisonjas villanas
no se rinda... Ese es el hombre
que ha de buscar el monarca:
y aunque su talento sea
mediano, no importa, basta;
porque los sabios, marqués,
prueban muy mal en España.
VILL. El marqués de Liche...
VAL. Un necio.
VILL. Contreras...
VAL. No tiene alma.
VILL. Medinaceli...
VAL. Ese al fin
es honrado... Si aceptára...
VILL. Probaremos. Si viviera
Valenzuela! Qué desgracia!
Nos falta el mejor amigo
de la infelice Mariana.
VAL. Si existiese Valenzuela
sobre sus hombros tal carga
no echaria... Sufrió mucho
por su funesta privanza,
y algo, al fin, le enseñaria
el libro de la desgracia.
VILL. Pues sobre el asunto al rey
voy á hablar con eficacia.
Estad por aqui, Tadeo.
VAL. Andaré por estas salas
(entra Villars en la cámara del rey.)

ESCENA III.

VALENZUELA se vá lentamente hácia el foro, y salen
de la cámara de don Juan el marqués de CARACENA
y GOMEZ SILVA hablando entre sí.
CARA. Con dificultad lo creo.
SIL. Pues no lo dudeis, marqués;
le he observado bien, y es
muy sospechoso el Tadeo.
(sigue hablando bajo.)
CARA. No penseis tal disparate...
Don Juan en todo le emplea.
SIL. ¿Tan necio queréis que sea

que su objeto no recate?

Ademas... (continua hablando bajo.)

CARA. Tanto direis,
que me hareis desconfiar.

SIL. Os lo puedo demostrar...

CARA. Venid y me explicareis
en mi cuarto...

SIL. No quisiera
que con vos me viesen ir,
y que despues al salir
alguno advertir pudiera...

CARA. Y qué importa? Mas no obstante
que esta sala está desierta,
por otra distinta puerta
podreis salir.

SIL. Adelante.
(Veré si mi fin consigo.)

CARA. Mi habitacion no es palacio
y alli hablaremos despacio.

SIL. Me agrada. Pues como digo...
(vanse por la puerta de la derecha hablando secre-
tamente.)

ESCENA IV.

VALENZUELA y despues PANTOJA.

VAL. Animada conferencia
llevaban entre los dos...
Mucho temo, vive Dios,
que por alguna imprudencia,
malogre en estos momentos
todo cuanto he conseguido,
á costa de haber sufrido
tan grandes padecimientos.
Y ese Silva...! Por mi mal
choqué con él... Ya lo hice,
y el corazon me predice
un resultado fatal.

PAN. Me alegro hallaros, Tadeo.
Solo por veros venia.

VAL. ¿Qué quiere mandarme usia?

PAN. ¿Como está el príncipe?

VAL. Creo
que algo mejor.

PAN. Qué diablura!
Pues se decia que estaba
malisimo... que se hallaba
próximo á la sepultura.
Y al oír tal novedad
me acordé de nuestro empleo,
y dije, solo Tadeo
puede saber la verdad.

VAL. Os diré... (Quiero esplorarle.)
Que se trasluzca no quieren;
mas los médicos infieren
que no hay medio de salvarle.
Ya veis que será desgracia...

PAN. Para él indudablemente.

VAL. El ya en la muerte consiente.

PAN. Dios le reciba en su gracia.

VAL. Parece que lo sentis.

PAN. Oh! Mucho! Al fin es mortal,
y yo á nadie quiero mal.

VAL. Tal vez se alegre el pais.

PAN. Siento que muera don Juan,
aunque manda á sangre y fuego,
porque los que manden luego
ya vereis como lo harán.

Pues es ley de los partidos
del vencedor murmurar,
reemplazarle, y luego usar
mas rigor con los vencidos.
Los de aqui y los de Toledo
iguales son, á mi ver,
y si me dan á escojer
yo con ninguno me quedo.

VAL. Mandad vos,

PAN. Así quisiera
mi reputacion manchar;
mas no, prefiero arreglar
mis haciendas de Antequera.
Mis tierras buenas ó malas
para vivir me dan frutos,
al rey pago sus tributos
y apronto las alcabalas.
Si todos así lo hicieran
las discordias cesarian,
los pueblos respirarian
y todos en paz vivieran
cual de abejas un enjambre.

VAL. Si, mas ya veis, la opinion...

PAN. En unos es ambicion.

VAL. Bien, pero en otros...

PAN. Es hambre.

VAL. (Aunque mordaz, es honrado.)

PAN. Voy pues á satisfacer
á los que quieren saber
de nuestro enfermo el estado,
y á decirles...

VAL. Qué?

PAN. Que está
su alteza mucho mejor,
y de Dios con el favor
muy en breve sanará. (vase por el foro.)

VAL. Si no es de la reina amigo
lampoco deja de serlo.
Muy bueno fuera atraerlo...
He de ver si lo consigo. (vase por el foro.)

ESCENA V.

SOL y FLORA por la puerta de la derecha.

SOL. No está?

FLOR. No señora.

SOL. Es posible!

FLOR. Vedlo.

SOL. Ni en la galeria?

FLOR. Tampoco.

SOL. En efecto,

solo me rodea
tétrico silencio.
Es indispensable
buscarle al momento...
Hazle venir, Flora,
su vida está en riesgo,
y ó logro salvarle
ó con él perezco.

FLOR. Doña Sol, calmaos,
moderad os ruego
ese ardor, que puede
á todos perdernos...
Mas... si no me engaño, (mirando al foro.)
él es... si.

ESCENA VI.

Dichos y VALENZUELA.

VAL. Qué veo!
Vos aquí, señora!

SOL. Buscándote vengo.
En grave peligro,
Fernando, te has puesto.

VAL. Pues que pasa?

SOL. Espera
todo has de saberlo.
Retírate, Flora,
y si acaso...

FLOR. Entiendo. (*vase.*)

VAL. Que peligro, dices,
me amenaza?

SOL. Horrendo!
Solo de pensarlo
me angustio y fallezco.
Mi padre, hace poco,
entró en su aposento,
y un tal Gomez Silva
le hablaba en secreto,
de cosas sin duda
de interés inmenso,
pues mi padre oía,
cual no suele, atento.
En su conferencia
tu nombre supuesto
entendi, y al punto
púseme en ácecho,
por ver si podía
el fatal misterio
penetrar.

VAL. Qué oiste?

Acaba.

SOL. Yo tiemblo!
Decía Gomez Silva,
»No dudeis mi aserto,
es muy sospechoso
el ugier Tadeo,
y por él acaso
se sabrá en Toledo
cuanto aquí en palacio
se hace de secreto.
Prendedle, añadia,
cargadle de hierros,
y de esta manera
dirá con qué objeto
al principe sirve,
y quién es sabremos.»

VAL. Menguado, cobarde,
su rabia comprendo.
Pero, ¿me conoce?

SOL. No sé, mas lo temo.

VAL. Bella Sol, tu aviso
en el alma aprecio:
pero, ¿cómo evito
este contratiempo?

SOL. ¿Cómo? me preguntas...
Mi Fernando, huyendo.

VAL. Así me acrimino.

SOL. Sálvate.

VAL. No es tiempo.
¿A dónde escapára
que no fuese preso?
Con solo este paso

yo me hiciera reo,
y no, no he de darle;
quedarme prefiero.
Don Juan ntu padre
han de ser tan ciegos,
que en mi su venganza
descarguen severos,
por una sospecha,
un vago recelo.
Sosiégate, hermosa,
que no corro riesgo.

SOL. Tu catma me mata!
Sal de aquí!...

VAL. No puedo.

SOL. Ah! Con tus palabras
destrozas mi pecho!
Teneis las entrañas
los hombres de acero;
ni el peligro os mueve,
ni os ablandan ruegos.
Un tiempo soñas,
oh! bien lo recuerdo!
decirme que sola
mandaba en tu afecto,
y que te atrevieras
á escatar el cielo
si yo lo queria,
si era mi desco.
Hoy ya nada valgo,
hoy ya nada puedo.
No me amas!

VAL. Te adoro!

SOL. Lo dudo.

VAL. No mienlo!

SOL. Antes mis palabras
cual sacros preceptos
sumiso cumplias,
amoroso, tierno,
hoy...

VAL. Sol, ¿qué pretendes?
Manda y obedezco.

SOL. Pues sálvate, huye,
porque yo lo quiero.
Pero, no, mal dije,
mandarte no debo;
huye, vida mía,
porque.. te lo ruego.

VAL. ¿Y si no me es dado
seguir tu consejo?

SOL. Por qué?

VAL. Porque esclavo
de fiel juramento,
á este triste alcázar
ligado me veo.
Como siempre vivo
sugeto á tu imperio,
mi suerte futura,
mi engrandecimiento,
hasta la existencia
por ti perder puedo;
pero ajar, cobarde,
mi honor no tolero.
La honra es de los hombres
el vital aliento,
entre vida y honra
la vida es lo menos.

SOL. ¿Y quién sacrificio
tan grande y extremo
exige?

VAL. La patria.
SOL. Fernando, comprendo!
Esa frase vaga
es de mas efecto
para ti, que el llanto
que ora estoy vertiendo!
Al lado del ruido
politico y fiero,
la muger, ¿qué vale?
Su cariño tierno,
su pesar, sus lágrimas
son un pasatiempo...
En hora menguada
te amé!

VAL. (Justo cielo!)
SOL. Tal vez á la muerte
vas corriendo ciego.
VAL. Si tal es mi sino,
tranquilo, sereno
verásme arrostrarla:
no conozco el miedo.
Y en mi hora postrera
tendré por consuelo,
saber que mi sangre
por la patria vierto.
Ah! Tú no comprendes
este sentimiento!
Tu amor vale mucho,
es un bien supremo,
pero, no te ofendas...
la patria es primero.

SOL. Pues bien, esa patria
que en tu loco anhelo
salvar imaginas,
te dará por premio
prisiones, desgracias,
patibulo horrendo.

VAL. Si tú por mi velas,
si prestas aliento
á mi vida, nada
en el mundo temo;
que eres mi esperanza,
mi dicha, mi cielo.

ESCENA VII.

DOÑA SOL, VALENZUELA, y CARACENA que al salir
por la puerta de la derecha ha oido los cuatro úl-
timos versos y baja á la escena precipitadamente.

CARA. Maldicion! ¿Qué es lo que veo!
¿Qué es lo que estoy escuchando!

SOL. Ay de mi!

VAL. (¡Morir deseo!)

CARA. Vive Dios, que apenas creo
lo mismo que estoy mirando.

SOL. Padre!

VAL. Señor!

CARA. Basta ya.
Detenga su lengua impia
el que ofendiéndome está;
el que atrevido quizá
ha manchado mi hidalguia.
Amigo fiel me ha enterado
de vuestra infame traicion,
mas nunca hubiera esperado
que de traidor al dictado
unierais la sedocion.

VAL. Vuestro furor moderad,

y ved lo que estais diciendo.
Aqui no hay traicion...

CARA. Callad!
Os lo mando.

VAL. Reparad
que pueden estar oyendo.

CARA. Bien decis... Mi justo enojo
fuerza es que limite y venza,
(con cólera concentrada.)

pues si alguno tal sourojo
á entender llegase, rojo
me pusiera de verguenza.
Y tú, Sol, hija querida,
que mi orgullo ser debieras
y el consuelo de mi vida,
¿cómo tu cariño olvida
que nuestro honor dilaceras?
¿Asi pagas la terneza
de mi paternal amor?
Ah! Maldigo tu belleza,
y esa funesta flaqueza
que hoy me cubre de rubor.

SOL. Perdon, perdon, padre mio;
aun de vos soy digna, si,
y por ello me glorio;
que en mi amante desvario
nunca ofenderos erei.
Mi atrevimiento procede
de esta violenta pasion,
que á ningun esfuerzo cede...
pero decidme, ¿Quién puede
dar leyes al corazon?
Nuestro cariño, señor,
es tan noble, puro y fuerte,
que va adquiriendo vigor
á medida del rigor
con que nos trata la suerte.
Con los contratiempos crece,
con los infortunios medra
y en ellos se fortalece;
bien así como la yedra
pegada al arbol florece.
Mi triste amor ya sabeis,
no quiero ocultaros nada.
Ahora vos decidireis,
y cual siempre me hallareis
obediente, resignada.

CARA. Mi cariño bien pudiera
esa pasion disculpar,
si mas decorosa fuera,
si en un hombre recayera
que á ti pudiese aspirar.
Pero, ¿cómo con serena
frente veré que la mano
de la hija de un Caracena,
de un noble, en torpe cadena
se enlace á la de un villano?

VAL. Resuelto estaba á templar
vuestra terrible fiereza
sin osaros contestar,
marqués, pero ya callar
fuera humillacion, bajeza.
Como vos sois personaje
de alta alcurnia, de valia,
y me veis en este traje,
juzgais que causa un ultraje
mi amor á vuestra hidalguia.
Mas no penseis que me asombre
de juicios tan orgullosos,

para vos los de alto nombre,
para vos los poderosos,
un hombre pobre... no es hombre.
¿Cómo el que no es caballero
sentir puede una pasión?
Locura! El pobre pechero
es un estuco grosero
privado de corazon.
Si así discurreis, ahora
por cierto que os engañaís;
tengo un corazon que adora,
y al amor de esta señora
derecho que no pensáis,

CARA. Cuál es?

VAC. Su amor.

CARA. Por mi fé
que alto remontáis el vuelo.
Hidalgo sereis!... (con *sofa*.)

VAL. No sé:
pero, decidme, ¿quién fué
vuestro vigésimo abuelo?
Un intrigante, tal vez;
un soldado de fortuna
lleno de hambre y desnudez,
que acaso mas de una vez
un pajar tuvo por cuna.
Da el rey á sus servidores
mercedes, honras, grandezas,
mandos, titulos y honores,
y los colma de favores,
y á su voz nacen noblezas.
Pero Dios omnipotente
desde su elevado asiento,
al pobre le hace elemento,
y su nobleza esplendente
es la virtud, el talento.
Y pues aquí entre los dos
hablar con franqueza es ley,
qué vale mas, pensad vos,
si la nobleza de Dios,
ó la nobleza del rey.

CARA. Basta! No he de tolerar
tan inaudita insolencia...
Yo mi honor sabré vengar.
Mañana habeis de marchar (á *Sol*.)
á un convento de Valencia.

VAL. (Cielos! Qué escucho!)

SOL. ¡Ay de mi!

VAL. (Siempre he de vivir pensando!)

SOL. Qué desgraciada nací!

CARA. Salid al punto de aquí. (á *Sol*.)

SOL. Piedad, señor!

CARA. Os lo mando.

SOL. Una palabra, señor...

CARA. Ni una mas he de escuchar.

(*la coje por el brazo, la hace entrar por la puerta
de la derecha y dice al foro.*)

Guardias! Premed al traidor.

(*cercan los guardias á Valenzuela.*)

VAL. (Y que esto sufra! Oh furor!)

CARA. Ahí le habeis de custodiar.

(Don Juan sabrá este atentado

y se hará lo que resuelva.

Voy á hablarle de contado...)

No os lleveis al arrestado,

guardadle hasta que yo vuelva.

(*se dirige hácia la cámara de don Juan.*)

ESCENA VIII.

CARACENA, *el duque de MEDINACELI, el marqués de LICHE, DON PEDRO CONTRERAS y el marqués de VILLARS saliendo por la puerta de la cámara del rey. VALENZUELA al foro rodeado de los guardias. Al cuarto verso entran por el foro PANTOJA y GOMEZ SILVA.*

LICHE. Yo os felicito, marqués. (á *Villars*.)

CON. Recibid mi enhorabuena. (á *Medinaceli*.)

MEDI. (Ola! Aquí está Caracena.)

CON. Acertada eleccion es. (á *Liche*.)

CARA. Pero, ¿qué ocurre, señores?

SIL. Qué hay, Contreras?

PAN. (Qué será?)

CON. Ahora el duque lo dirá. (á *Silva*.)

MEDI. Víctima de sus dolores,
y no embargante el afan
de una asistencia cumplida,
ha pasado á mejor vida
el buen príncipe don Juan.
Penetrado de dolor
tan amargo como fuerte,
por tan prematura muerte,
manda el rey nuestro señor...

(*todos se descubren. Continúa leyendo un papel.*)

Primero: que yo me encargue
cual ministro universal
del despacho general...

Aunque tal favor me amargue,
pues no ambicioné tal puesto,
lo quiere su magestad,
y á cumplir su voluntad
siempre me hallará dispuesto.

Para que de sucesion
concluya toda reyerta,
sus bodas por fin concierda
con Maria Luisa Borbon.

La reina manda tambien
que de Toledo regrese,
y que la desgracia cese
de los que la quieren bien:
que los destierros se acaben,
y que los que en tierra estraña
hoy jimen, vuelvan á España
y su posicion recaben;
y pues bastante han sufrido
recobren sus posesiones,
y honores y distinciones
que un tiempo hubieran perdido.

Y como que solo anhela
bondades míl derramar,
conde se digna nombrar
al difunto Valenzuela.
Tal es su real voluntad
y cumplirla bien es ley.

CON. Viva Carlos!

SILVA. LICHE. y CON. Viva el rey!

CARA. (Desgracia! Fatalidad!)

MEDI. Vos, marqués de Caracena,
por vuestro pasado porte,
tendreis que dejar la corte...
Id desterrado á Llerena.

PAN. (Conque otra vez hay leales
y traidores! Pobre España!

Qual te se hurta y engaña!

Lo dicho, todos iguales.)

CARA. ¡La rabia me vuelve loco!

Muy bien, obedeceré,

y al destierro marcharé.
(Valenzuela, que separándose de los guardias se ha ido acercando á los interlocutores, se abre paso y se adelanta al proscenio.)

VAL. Aun no, marqués, poco á poco.
Yo intercederé por vos,
y puede que el rey me atienda.
Tengo una próxima hacienda
que habitaremos los dos.

MEDI. Quién sois? (á Valenzuela.)

VILL. Tadeo!
SIL. El ugiér!

CARA. ¿El hombre de maldición
que ha herido mi corazón...

VAL. Hoy os quiere proteger;
porque ya nada recela
y siempre os quiso, marqués.

MEDI. Quien tanto puede, ¿quién es?

VAL. Es Fernando Valenzuela.
(se descubre arrojando lejos de sí la barba y peluca postizas. Movimiento general de asombro y curiosidad.)

Todos. Valenzuela!

VAL. El mismo, si.

CON. Qué asombro!

MEDI. Cosa mas rara!

SIL. (¡Quien diablos imaginára...!
Me he lucido, pesía mi!)

CARA. (Cielos!)

MEDI. ¿Y no nos direis...? (á Valenzuela.)

VAL. Todo lo que he padecido;
pero la gracia que pido
espero me otorgareis.

(señalando á Caracena que se ha sentado lleno de abatimiento.)

MEDI. El rey no podrá negar
á su méjor servidor
este pequeño favor;
con él podeis ya contar.
Vos, Pantoja, si gustais
podeis quedar en la corte,
pues hombres de nuestro porte...

PAN. No, duque, no prosigais.
Quedárame si pudiera
mi caracter dominar,
pero prefiero mandar
en mi casa de Antequera.

MEDI. Villars, pues para escribir
aqui recado tenemos,
á vuestra corte podemos
este suceso decir.

(Medinaceli, Villars, y Liche se acercan á la mesa, conferencia y escriben. Los cortesanos, Contreras Silva y Pantoja forman grupo aparte y hablan entre sí acaloradamente. Caracena y Valenzuela se contemplan en silencio—Pausa corta.)

VAL. Comprendo vuestro pesar, (á Caracena.)
y ojalá dado me fuera
consolaros, que lo hiciera.

CARA. Me queréis avergonzar? (levantándose.)

VAL. No. Y en prueba de que soy
vuestro amigo el mas sincero,
á fuer de buen caballero
un servicio á haceros voy.
En esa mesa, marqués,
este papel olvidado
dejasteis... Yo le he tomado
porque es de grande interés...
Le conocéis? (enseñándole su carta.)

CARA. Santo cielo!
Podreis acaso intentar
torpe venganza tomar?...

VAL. Deponed todo recelo.
Del honor la senda fiel
el hombre honrado no tuerce,
ni traicion indigna ejerce...
Ahí tenéis vuestro papel.

CARA. Ah! Gracias! Ahora comprendo
lo que sois, lo que valeis!
Perdonadme, si podeis,
mis arrebatos.

VAL. Me ofendo
de que no deis al olvido
nuestra pasada querella,
en que acaso nuestra estrella
para siempre nos ha mido.
Desde hoy con afán prolijo
por vos, señor, velaré...
y lo que queráis seré...

CARA. (titubea un poco y le abraza.)
Fernando!.. Serás mi hijo!

VAL. Apenas puedo creer
tanta dicha, tal ventura!
Ay! El corazón me augura
largas horas de placer.

(Medinaceli, Villars y Liche se separan de la mesa, bajan la escena y los cortesanos se aproximan.)

VILL. Está corriente. (guardando un papel.)

MEDI. Marqués, (á Villars.)
os felicito de nuevo.

VILL. Oh! no; yo soy el que debo
hacerlo á vos.

LICHE. Así es.

VILL. La cuestion ha terminada
merced á vuestra constancia,
y al apoyo que la Francia
por mi medio os ha prestado.

MEDI. Cierto; pero ya esc lujo
de continua intervencion
se concluyó. La nacion
vive bien sin el influjo
extrangero, y es probado
que para adquirir blasones
y hacer temblar las naciones,
de nadie ha necesitado.
Mientras yo ocupe la silla
del ministerio español,
ninguno, bajo del sol,
ha de humillar á Castilla.

VAL. Muy bien, duque! Sepa el mundo,
sujetándoos á la ley,
que esta nacion tiene un rey
y el rey es Carlos segundo.
Y que sin sufrir jamas
tufela de gente estraña,
ha de gobernar á España
su gobierno y nadie mas.
(cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1847.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALASA,
calle del Duque de Alba núm. 13.

